



CAPÍTULO 1

CHEETHAM HALL, 1893

Elsie Alston corría por el césped con sus pies ligeros, como secretos susurrados. Durante el día, tal vez podían convencerla de que usara zapatos, pero con el caer del sol, se había liberado de todo lo que había podido y aflojado otro tanto. Zapatos, calcetines, lazos del corsé, sus rizos oscuros, que rebotaban hasta su espalda baja mientras corría. Disfrutaba sentir cómo jalaban su cabeza, y Cheetham Hall disfrutaba de su gozo, que brotaba por las plantas de sus pies.

—Te dejaré atrás, pruébame —exclamó.

—Ah, ¿sí?

Los pasos de Jack eran más pesados y firmes. Y, claro, él llevaba zapatos. Había llegado al mundo siguiendo a su hermana y la había seguido desde entonces.

Esa tarde, se detuvo de golpe al final de la línea de árboles, donde se abrían hacia el césped empinado. La pausa incrementó la distancia entre

los gemelos, que luego disminuyó cuando Elsie bajó el ritmo, miró hacia atrás, y su hermano le ofreció una sonrisa de dientes tan blancos como las cortezas de los árboles en el púrpura del crepúsculo y un mensaje con figuras. Formó una negación, modificada con una cláusula de ilusión propia para decir: “patrañas”, pues no creía que ella fuera a dejarlo atrás alguna vez, por mucho que lo amenazara.

Elsie rio y conjuró un látigo para hacer tropezar a su hermano. El césped lo recibió con suavidad y lo acunó mientras él maldecía, se reía y se ponía de pie. Y comenzaron a correr otra vez, casi a la par con sus piernas de dieciocho años, rumbo al Roble de la Dama. La consciencia de la finca se extendió para seguirlos, enlazada como un zumbido en la magia dentro de sus jóvenes herederos. En todas las generaciones de magos que habían llamado hogar a Cheetham Hall, no había habido nadie como Jack y Elsie Alston. Sus padres, condes de Cheetham, que habían sido criados según las antiguas tradiciones, a pocas horas de su nacimiento, los habían llevado a recorrer la finca para presentarlos a todos los espejos de todas las habitaciones. Luego los habían llevado afuera, con el brillo grisáceo de una mañana invernal, y los habían presentado a las abejas. Habían hecho brotar algunas gotas de su sangre con piquetes en sus talones, que entregaron a la tierra. No muchas familias se hubieran molestado en hacerlo. Cheetham Hall estuvo encantada.

“Esta es Elsie Leonora Mary Alston, la primera de nuestro linaje”.

“Este es John Frederick Charles Alston, quien te heredará algún día”.

Los años habían pasado sin más herederos, pero la finca y los Alston estaba felices con los que tenían. Los mellizos gozaban de la naturaleza a su antojo. Pasaron sus primeros años recorriendo y haciendo propias sus tierras, casi sin abandonar sus límites. Montaban a caballo, caminaban, trepaban árboles y nadaban en el lago.

Jack recibía lecciones para aprender a usar sus poderes, que luego le enseñaba a Elsie, aunque fuera para tener con quien compartirlos y jugar. Cuando él se marchó para ir a la escuela, como hacían los niños, su hermana permaneció en la finca.

Elsie Alston tenía magia suficiente para cambiar los vientos; contaba con todo lo que su hermano le había transmitido, además de un instinto para blandir el poder que vivía bajo sus pies, con frecuencia descalzos. Era una joven del alba y el ocaso y de todo en medio.

Esa noche, estaba ávida de diabluras. Sus padres habían viajado a Londres y su mellizo estaba en casa, en un receso antes de que Oxford volviera a reclamarlo, y tenían un secreto.

El Roble de la Dama, más viejo y alto que cualquier cosa en esas tierras, coronaba una colina baja. Desde allí, rechinaba durante los otoños ventosos, en los que arrojaba bellotas para que los asistentes de jardinería las recogieran con cuidado. En días de verano como ese, espesaba el aire y extendía sus hojas altas bajo el sol.

Las tierras de Cheetham Hall se extendían en todas direcciones desde esa colina de raíces enrevesadas. Hacia el sur, la finca y sus jardines estaban ocultos bajo el bosquecillo de abedules. Al oeste, la vista humana alcanzaba a divisar la cima de la portería lejana, cuyas esquinas angulosas y su arco resaltaban contra el cielo del ocaso.

Los dos hombres refugiados bajo la sombra del árbol no parecían interesados en las vistas de la finca. Descansaban contra la rama más baja del roble (gruesa como un árbol, con una curva a la altura de la cintura, desde donde bajaba cubierta de musgo hasta el suelo para volver a subir), conversando hasta que oyeron los pasos de Elsie.

—Primo —saludó la joven con una reverencia delicada, a pesar de la tierra entre los dedos de sus pies—. Tío John.

Los dos inclinaron la cabeza como saludo hacia ella y Jack, que llegó jadeando poco después.

—Tío, George. Es una noche agradable.

—Lord Hawthorn —dijo George.

Solo Elsie notaba cómo su primo George Bastoke pronunciaba el título nobiliario, con tanto respeto que parecía sorna. La tierra vibró en sintonía con su irritación, pero no hizo más. Esos hombres tenían derecho de invitados: aunque no eran parte de la casa, eran familia. George era particularmente dotado en las bendiciones del ocaso, con una magia pulcra y fuerte, con una frialdad tajante y una voracidad dulce de las que la finca desconfiaba.

Los mellizos Alston se sentaron en la rama curva, un sitio ventajoso para discutir a la sombra en tardes de verano. Ese era su lugar más propio en todas sus tierras.

—¿Ahora nos dirán de qué se trata este experimento? —exigió Elsie—. Si nos hubieran dicho más, podríamos haber practicado.

—No quiero que practiquen si no hay nadie más fuerte que pueda intervenir si algo sale mal —respondió el tío John. Su cuerpo estaba rígido debajo del abrigo oscuro, como si padeciera algún dolor—. Es posible que sea peligroso.

Los hermanos se sonrieron uno al otro, complacidos. Huesos rotos, incontables torceduras de tobillos y al menos una cicatriz en Elsie que ni las mejores pociones pudieron borrar eran prueba de que el peligro nunca los había detenido. Habían acordado, casi tan pronto como habían aprendido a hablar, que la precaución era para asnos.

—¿Es por eso que lo hacemos cuando nuestros padres han ido a la ciudad? ¿Porque creen que no lo aprobarían? —preguntó Jack.

—Con seguridad —dijo con una sonrisa John—. Su madre me

atormentaría por meses. Pero creo que ya tienen edad suficiente para tomar sus propias decisiones, ¿no les parece? Y si funciona, puede ser una gran sorpresa para su regreso.

—¿Si funciona *qué*? —Elsie se removió en la rama.

—Transferencia. —George, con unos años más que los mellizos, era casi tan alto como su padre y de postura más relajada. Hablaba como si las palabras fueran peldaños para atravesar un arroyo: firmes, deliberadas, sin permitir prisas—. Creemos haber encontrado la forma de que un mago absorba la magia de otro y la use como propia.

—Eso es imposible —refutó Jack—. Todos lo saben.

—¿Y si no lo fuera? —replicó su primo.

Jack, algo más propenso que su hermana a reflexionar, escuchó la explicación con mayor atención. Su tío sabía que los dos tenían habilidad para realizar hechizos simultáneos, pues en visitas anteriores les había pedido demostrar cómo usaban la magia de ambos para un fin en común, hasta que lograron hacerlo como si un solo par de manos creara las figuras y una sola voluntad las dirigiera.

Casi.

Lo estaban haciendo en los terrenos de Cheetham Hall porque, como la mayoría de los magos con lazos de sangre con un lugar en particular, la magia era más fácil para los Alston allí. La tierra se agitó cuando George usó un hechizo para cortar los dedos índices de los mellizos con una cláusula para evitar la coagulación, de modo que su sangre cayera y se mezclara dentro de un pequeño cuenco de cobre. Pero no estaban bajo amenaza, ellos estaban ofreciendo su sangre de forma voluntaria. Era normal, natural, que los Alston derramaran sangre para rituales en ese lugar.

Elsie chasqueó los dedos y encendió una luz azul como huevos de

petirrojo sobre el cuenco, que George había colocado en el suelo, a un metro de sus pies blancos. La luz de Jack, del color del albaricoque, se encendió junto a la de su hermana como para fastidiarla.

—Ahora intenten convertirla en una sola —indicó John—. En un solo hechizo. Piensen que las luces son su magia y vean qué tan cerca pueden estar de fusionarlas. Entiendo que deben hacer un juramento para ello.

El juramento que ligaba a Elsie y a Jack con esa tierra había sido realizado en su nombre por sus padres, ninguno de los dos había usado palabras con su magia. Entonces, repitieron las palabras de su tío.

—Como nuestra sangre es una, que nuestro poder sea uno también.

Las dos luces titubearon y comenzaron a fusionarse para ocupar el mismo espacio sobre el cuenco.

—Jack, tu magia cosquillea —dijo Elsie con una mueca—. Es puntiaguda.

—La tuya sabe a leche rancia.

Chocaron hombros, como niños más jóvenes e inocentes por un momento, cuyo primer instinto siempre era hacer un juego de las situaciones. Su magia se espesó, oscureció y comenzó a ocupar más espacio. En poco tiempo era una neblina de la altura de un hombre y del ancho de brazos extendidos, los colores se mezclaban como batidos por una cuchara.

—¿Está funcionando? —quiso saber John, ansioso.

—No lo sé. ¿Elsie? —dijo Jack.

La luz palpitó como si respondiera. Y siguió palpitando; el rosa anaranjado y el azul adquirieron un ritmo en el que cada uno amenazaba con consumir al otro. Uno crecía, hasta que el otro lo superaba en el último momento, como un enfrentamiento de mareas en la costa. Como los latidos de un corazón.

Y era un latido. La finca percibió el momento en el que los pulsos de Elsie y de Jack se unieron, dos corazones jóvenes en uno. La niebla

perdió el color hasta que solo quedó el brillo, algo blanquecino como una estrella.

—Finalmente. —La expresión de John se encendió con ambición.

—¿Está...? —preguntó George.

Los mellizos continuaban con los brazos extendidos, distraídos haciéndose muecas uno al otro. Algún tentáculo ocasional se extendía para rodear el brazo desnudo de Elsie o la manga de Jack, pero la luz parecía haber alcanzado el equilibrio.

—No tienen la madurez para saberlo —dijo John, luego formó un nuevo filo, con el que cortó su propio dedo y se arrodilló, una pierna rígida a la vez. Apartó la mano de George cuando intentó ayudarlo. El cuenco de sangre se veía oscuro con la luz menguante y reflejaba el hechizo de Jack y Elsie con un subtono carmesí. La sangre del hombre formó ondas al caer sobre la de los hermanos. Luego, John extendió las manos y formó y recitó un hechizo rápido y duro.

—Por el eco de mi sangre en la sangre de estos magos, llamo este poder hacia mí, hacia mí, hacia mí...

Y jaló.

La magia se retorció al instante, estallaron rayos de luz minúsculos entre la neblina, y los cuatro magos cerraron los ojos de inmediato. John aún tenía los brazos extendidos, los dedos apretados con desesperación, y no se movía, aun cuando el olor a carne quemada cargó el aire y todas sus uñas se abrieron al medio con una línea negra humeante. Hasta que soltó un gemido gutural y se dobló por la cintura.

—Padre... —pronunció George, pero un grito de Elsie lo distrajo.

De repente, un halo de luz roja espeluznante ascendió desde el cuenco de sangre y tiñó la luz de la magia de los mellizos. La nube se sacudió, bulló y siguió sacudiéndose.

Cheetham Hall se agitó; su terror mudo dominó las raíces de los árboles y sus muros de piedra. Sus herederos habían entregado sangre y habían hecho un pacto de fusión, pero no habían consentido eso. No habían aceptado esa succión agónica y abusiva de su magia, como labios en la boquilla de una pipa.

Con un tirón repentino, la magia se separó en dos y desapareció de vuelta en los cuerpos de sus magos. Pero aún era roja, errónea, y los despedazaba por dentro.

Jack cayó al suelo desde la rama, arqueó la espalda y soltó un grito de dolor.

Elsie levantó la cabeza al escucharlo, bajó al suelo con él y lo tomó de la muñeca. Y entonces ella jaló para absorber la magia punzante. La absorbió toda; la magia corrió por el punto de contacto y se concentró dentro de Elsie Alston, la maga más poderosa que había habitado Inglaterra en siglos.

La finca transmitió una advertencia de “Peligro”, que recorrió la tierra y retumbó entre los muros, pero los amos de la casa no estaban al alcance. Las únicas personas cuya sangre latía con el suelo se encontraban allí. Una estaba jadeando, despojada y mareada, sin control de sus poderes; la otra estaba ardiendo, con los ojos como brasas encendidas de dolor.

—Ayuda —pidió Elsie. No les hablaba a sus parientes, sino a la finca. Y recibió respuesta.

La casa no quería ayudarla, pues sabía del daño que Elsie se estaba provocando a sí misma, pero no podía ignorar su voluntad implacable. Entonces, levantó una barrera sobre la piel de la joven para evitar que esa magia perversa escapara y dañara aún más a Jack.

—¿Ahora qué, padre? —exigió George, que maldecía por lo bajo.

John, ya de pie, dudó mientras miraba a sus sobrinos. El cuenco se

había volcado con la agitación inicial de Jack. Brotaba sangre fresca de la nariz de Elsie, que espesaba su tos y brillaba en sus labios. La joven intentaba aferrarse a la fuerza de la tierra mientras sus ojos azules perdían el foco, pero ardieron apenas unos segundos más antes de que cayera inconsciente.

“¡Peligro!”, exclamó Cheetham Hall, y Jack se sacudió.

—No —balbuceó John—. No, no. Estábamos tan cerca. Debió haber funcionado...

—No podemos dejarlos así —advirtió su hijo—. Tienes más experiencia con amarres de silencio, padre.

Jack, que estaba sacudiendo y llamando a su hermana, intentó defenderse cuando George lo tomó del brazo, pero estaba débil y mareado, y su primo tenía suficiente fuerza para inmovilizarlo aun sin magia. John formó el hechizo con precisión y poder, a pesar de sus dedos quemados.

—No hablarás de lo ocurrido esta noche.

La luz roja voló desde sus manos hasta los labios de Jack, presionados en vano. El joven no volvió a gritar cuando el amarre marcó su lengua como un hierro al ganado, pero su rostro se ensombreció.

En cambio, sí reaccionó con un grito áspero y luchando con George cuando John se inclinó para usar el mismo hechizo en la boca ensangrentada de Elsie. Ella no despertó.

En los cimientos de la propia Cheetham Hall, enredada con las raíces sólidas de los árboles más antiguos, la línea ley era como un río alimentado con lluvia contaminada. Advirtió el peligro a través de sus ramificaciones, en vano, pues no había nadie que pudiera sentirlo, nadie que escuchara.

Un año más tarde, el peligro desbordaría en respuesta a la tragedia (más bien, al resultado inevitable de la tragedia desatada aquel día), pero aún faltaba para eso.

Jack fue liberado y fulminó con la mirada a su tío y primo.

—Revo... —jadeó, pero el amarre estaba fresco y la intención del chico era demasiado cercana a lo que debía suprimir. Y la finca no podía revocar el derecho de invitado por su cuenta.

Tampoco necesitó hacerlo, pues George tomó el brazo de su padre y lo ayudó a escapar hacia el camino que delimitaba la propiedad, donde su hombre los esperaba en el carruaje. Apenas lanzó una mirada hacia atrás en el camino.

—Elsie —pronunció, en un esfuerzo por arrastrarla hasta su regazo—. Elsie. —La respiración de la joven se volvía superficial y su pulso, agitado, se convertía en susurro. La casa sentía que se estaba apagando. Jack buscó su magia con desesperación, pero se dobló asqueado al percibir apenas las grietas de donde había estado.

—Toma lo que necesites de mí —siseó—. Sávala. Hazlo.

Cheetham lo intentó, algo que tampoco había hecho en siglos. Encontró su propio poder, el de la tierra, dentro de su heredero y succionó. Y succionó.

Esa magia no estaba destinada a operar en cuerpos humanos, más allá de al recibirlos con los gusanos para enriquecer el suelo. Nunca había intentado sanarlos, pero mantuvo estable a Elsie Alston. La mantuvo con vida. Mientras tanto, Jack Alston permaneció debajo del Roble de la Dama, abrazando con agonía a su hermana, con la boca hinchada de secretos.

Más allá del bosque de abedules, todas las ventanas de Cheetham Hall estallaron a la vez.

Por fin se encendieron las alarmas y las personas salieron de la finca como hormigas, entre gritos, y pronto se percataron de quienes estaban ausentes. A quienes encontraron en poco tiempo, pálidos, durmiendo temblorosos y abrazados como hojas secas, pero vivos, por el momento.